

“PARADOJAS DE LA FUNCIÓN MATERNA Y PATERNA. RELACIÓN CON EL RECIÉN NACIDO”

AUTORAS: ROSARIO LEÓN RUIZ- RUTH PINKASZ

Psicólogas Clínicas

Queremos agradecer la invitación de Concha Martínez a participar en este Congreso Nacional de MATRONAS, realizado esta vez en nuestra ciudad, y el estímulo a considerar además de la maternidad, el tema menos frecuente quizás, de la paternidad.

También agradecemos la colaboración de Rafaela Casanova e Irene Sayas del Centro de Salud Cabo de las Huertas, para la realización de talleres grupales de padres.

Sabemos del esfuerzo e interés, de ellas y otras compañeras más, por reuniones de trabajo que mantuvimos, en reflexionar sobre los aspectos psíquicos presentes en el quehacer de la matrona.

Nuestro objetivo: recapacitar sobre las dificultades en el ejercicio de los roles paterno y materno ante la llegada del recién nacido. Como método: Escucha profesional y elaboración de material obtenido en la práctica clínica individual y en los talleres grupales de padres y madres ya citados. Intentaremos ilustrar con algunas frases recogidas.

Además nos parece imprescindible situarnos en relación a la crisis y acelerada transformación de las formas de familia en este siglo XXI. Algunos datos “concretos”:

España tuvo en 2007 la edad media de maternidad mayor de Europa: 30,84 años para el primer hijo, y una continuada disminución de la natalidad.

España y Bélgica tienen la tasa de ruptura familiar mayor de Europa. En España se ha producido una caída vertiginosa de la tasa de matrimonios: una reducción del 22,30 % de 1980 a 2005.

Bien, pero hemos titulado nuestra ponencia “paradojas de la función materna y paterna, relación con el recién nacido” Según el diccionario:

función: ejercicio de un cargo o empleo en relación a la posición que se ocupa en una estructura...

paradoja: hecho o dicho que es contrario a la opinión general de la gente o que encierra una contradicción.

La llegada de un hijo marca el pasaje estructural de una pareja a su condición de familia y sabemos de la adaptación y las dificultades que pueden aparecer para cada

componente de la relación, en cada uno de ellos, que, cualquiera sea su sexo, desempeñarán las “funciones” materna y paterna.

Las/los profesionales que asisten a las gestantes y madres recientes saben de estas complejidades. Los efectos que esta trama produce aparecerán en las formas de crianza, los modos de lactancia, el reinicio de la sexualidad, en suma, en el acogimiento del recién nacido.

Observamos que muchas ideas derivadas de la opinión general, propiciada en diversas ocasiones por el discurso científico, encierran contradicciones que a veces son tomadas como una verdad casi absoluta. Sin embargo, gran parte de esas ideas se constituyen en paradojas. Se cree, por ejemplo, que la madre debe colmar al niño, que la madre debe ser todo para el niño, y viceversa. Vemos en nuestra clínica que justamente se trata de lo contrario; es decir, no hay nada peor para la estructura psíquica del niño, que quedar atrapado en ese lugar.

De ésta, y otras paradojas intentaremos hablar en nuestra ponencia. Sabemos que se trata de una aproximación a las vicisitudes del encuentro con la nueva realidad de ser padres, y que acompañar este pasaje es una tarea ardua y complicada, también para todo profesional de la salud.

Porque pensamos que el nacimiento de un hijo moviliza la estructura psíquica de los sujetos de una manera incalculable, impredecible, causando sentimientos, afectos, reacciones, incomprensibles, si sólo se contemplan desde una racionalidad basada en lo considerado normal, natural o deseable.

Un ejemplo: En uno de los talleres una madre relata con gran sufrimiento el parto “soportado”, tan distinto al que había “preparado” o imaginado, y aunque sin consecuencias “biológicas” posteriores para ella y el bebé. Escuchamos que la potencia traumática de esta vivencia empaña y amenaza profundamente el disfrute de su maternidad y el establecimiento del vínculo con el recién nacido.

Y no alcanza con el acompañamiento, la información, la comprensión de lo sucedido, o el paso del tiempo. El dolor subjetivo, la repetición de la queja, no obedece a lo racional, a la voluntad, sino a procesos inconscientes. Reconocerlos, advertirlos, puede ayudar a considerar una actuación profesional más adecuada que incluya, por ejemplo, una atención individual de un psicólogo clínico.

Volviendo a las paradojas. Contrariamente a lo que se escucha habitualmente, la familia no es un hecho natural, si bien conlleva lo biológico, ya que no se trata de negar el acto de procreación. Pero nos encontramos que lo que hace verdaderamente humana a la familia son otros factores, que están más relacionados a la cultura y al devenir histórico que al vínculo por la herencia de sangre.

La cadena genealógica que nos precede determina un lugar y los vínculos de parentesco y filiación aseguran la pertenencia y transmisión de los valores, creencias y bienes materiales en cada familia.

Pero hoy en día, por razones diversas, y hay que destacar, el vertiginoso avance de la ciencia y la técnica, la estructura familiar ha cambiado radicalmente. Vemos cada vez con más frecuencia mujeres y hombres que encuentran otra manera, y no por ello menos sólida, de tener una vida familiar como cualquier familia denominada tradicional. Lo que antes era una excepción cada vez más se constituye en regla. Hoy, ya no hablamos de familia sino de familias, en plural:

Familia tradicional nuclear, con matrimonio convencional, parejas o uniones de hecho con hijos, familias monoparentales, homoparentales, divorciadas, reconstituídas o ensambladas, de procreación asistida, adoptivas diversas, de acogida diversas, extensas: abuelos o tíos haciendo de padres, mixtas de diferente raza o cultura, etc... etc....

Esto confirma que la familia además de poder tener o no lazos de sangre, conlleva un marco, una complejidad mayor, que destituye con facilidad lo propiamente natural.

Podemos decir entonces que no hay instinto familiar, no es algo que heredamos genéticamente. Igualmente... ¿podemos decir, que hay instinto materno? ... y quizás...¿ instinto paterno? Creemos que no.

En realidad nada en la naturaleza nos dice cómo ser padres o cómo ser madres, y por ende, nada en el ser biológico nos enseña cómo ser familia. Es por ello que afirmamos que no hay un saber inscripto sobre la familia, como tampoco nada en la naturaleza nos orienta en cómo ser hombre y cómo ser mujer.

Escuchamos reiteradamente la frase: “no se nos enseña cómo ser padres”.

En este pasaje estructural de pareja a familia la necesaria adaptación no resulta fácil para cada componente. En esta transformación, no por evidente menos resistida, no sólo cambian los rituales cotidianos de la pareja, (momentos para dormir, para comer, para el ocio, salidas, etc. etc.), sino también otro tipo de factores o elementos que hacen aún más complejo este entramado de relaciones y que conciernen a la subjetividad de cada partenaire. Aparecen momentos de euforia, depresión, rechazo, rivalidad, confusión...

Cada sujeto aporta a la pareja marcas familiares sin saberlo, inconscientemente, que se potencian al aparecer el hijo y convertirse en una nueva familia. Lo que no significa que la personalidad del niño será un producto lineal de la de los padres, ni que la experiencia de la maternidad para una mujer es un efecto lineal, previsiblemente determinante, de cómo lo fue para su propia madre.

Dice otro padre: “los primeros días son caóticos, después algo se va acomodando...”

Efectivamente, el encuentro con un hijo es un hecho inédito, se imaginan muchas cosas, se imaginan palabras, se imaginan modos de atención, se le otorga un nombre al futuro bebé. Por ello decimos que el niño ya es nombrado antes de nacer, ya tiene un lugar en el discurso de los padres. Sin embargo el encuentro con su

presencia real produce un efecto de desconcierto, de falta de saber, que se saldrá con la subjetividad de cada componente de la pareja.

Esto que denominamos subjetividad es la respuesta propia y particular de cada sujeto hombre y mujer, que concierne a lo más profundo de su ser y su psiquismo.

Desde ya, la vía educativa tranquiliza y orienta, pero no agota la manera particular de cada madre o padre de afrontar la experiencia, y es importante que así sea para que desde su responsabilidad subjetiva encuentren su propia respuesta.

Porque además podemos encontrarnos con otra paradoja: las futuras madres y padres se pueden topar con un exceso de fórmulas y conductas a seguir, a veces muy rígidas y moralizantes, que les prometen la salud y la prevención de todos los males. Estos ideales normativizantes pueden convertirse en ideales que culpabilizan, en fuente de inhibiciones, que atentan contra la posibilidad de crear, de ensayar, la solución propia y particular a cada madre o padre.

Consideremos como ejemplo el modo de alimentación, primera relación y a la vez “forzamiento” necesario que introduce al bebé en la cultura, en la familia que lo recibe. Observemos el efecto que pueden producir las campañas de lactancia materna, a veces, tan radicales.

Obviamente que no se trata de poner en duda sus indiscutibles beneficios, no sólo en sentido “biológico” sino también en la constitución del vínculo con el bebé, y de “las satisfacciones afectivas que puede promover tanto en el niño como en la madre.

Pero el problema es esperar, afirmar y sostener que sólo determinados modos puedan garantizarlo, y en todos los casos, y que además su imposibilidad, su ausencia, convierta a esa mujer en una madre deficitaria y determine para el niño una falta irreparable.

Ahora bien, ¿Qué implica entonces ser padres? Si no existe el instinto como garante de un buen encuentro con el niño, ni tampoco la hiper-información resuelve por completo el desconcierto que produce la nueva situación, nos encontramos que en este nuevo camino que transitan esa mujer-madre y ese hombre-padre se jugarán aspectos inconscientes que incidirán de manera fundamental en la posición que cada uno adopte.

Porque la categoría o estatuto paterno y materno no depende tanto del sexo biológico sino de lo que representará subjetivamente ese niño para cada uno.

El niño viene al mundo con un lugar de alguna manera ya asignado; y no nos referimos a un saber respecto a lo que va a ser o no ese futuro bebé; sino a que, de manera inconsciente en la futura madre, se inscribe ese niño representando algo del orden de una “falta”. Falta que impulsa un deseo que anima a llenar un vacío y que se constituirá en un enigma para el sujeto-bebé; un enigma que intentará descifrar el código de la lengua materna, es decir, el lugar que él representa para ese “Otro” primordial que es la madre.

Efectivamente, éste es el primer enigma al que se confronta el niño: qué significa que la madre se ausente, que la madre sonría, que la madre esté presente, etc. Es lo que se define por deseo, esto es; en qué lugar del deseo inconsciente de la madre habita ese niño, en qué lugar de la subjetividad; es decir, de lo que siente, de sus afectos, de sus insatisfacciones, de sus imposibilidades y posibilidades, se inscribe este nuevo ser.

Para el padre el niño también viene a ocupar un lugar, pero hay que señalar, un lugar diferente al que le asignará la mujer-madre. No se trata de un lugar mejor o peor, más importante o menos importante, sino que se trata, de hacer entrega de un valor fruto del encuentro de la pareja. Podemos decir que la vía al padre estará abierta siempre que la madre tome a ese hijo como un don, don de amor de este hombre que pasará a ser un padre.

Escuchamos con demasiada frecuencia, mujeres que afirman, aún sin decirlo, que el niño es sólo patrimonio suyo. Más allá de las condiciones de la mujer, que llevaron al enunciado de esas palabras, respondemos que allí donde no hay espacio para un hombre-padre, ya esté presente o ausente en la vida cotidiana de esa mujer, el destino del niño quedará demasiado sujeto a los avatares del amor materno.

Entender la relación madre- hijo como una relación dual, como si estuvieran encerrados en una burbuja, ignorando la incidencia de la función tercera, la función del padre, es dejar al niño fuera del acceso a un encuentro normalizado con el mundo.

Abrir la dimensión al hombre, permitirá al padre operar en su función, función que no se resume en la persona como tal, sino en su capacidad subjetiva de introducir la ley al capricho materno, al poner en guardia y advertir a la madre que no sólo existe el niño. La función paterna estabiliza la relación madre-hijo y otorga sentido introduciendo la función de límite. El padre así, se autoriza a sí mismo a cumplir esa función.

Y que va más allá de desempeñar junto a la madre todas las tareas de atención al bebé, aliviando la demanda, también enigmática para ellos, que se puede sentir, a veces tan invasiva e insaciable.

Se trata por ejemplo de intervenir para retirar al niño del dormitorio conyugal.

Escuchamos a un padre: “si esto no ocurre... es que te quedas sin pareja,”

Podemos decir que cada madre es esencial en tanto no intente ser la madre ideal.

La madre es suficientemente buena si no lo es demasiado, vaya paradoja, sólo lo es a condición de que los cuidados que prodiga al niño no la disuadan de desear como mujer.

A veces esto se presenta como una dificultad a reconocerse sexuada, seductora, en ese cuerpo que ha cambiado tras el embarazo y parto, y que además amamanta a un hijo.

Otro padre nos dice: “nosotros las vemos... deseamos... igual, son ellas las que no se ven... las que no nos ven”

La aparición del hijo divide al sujeto femenino en mujer y madre. Y que se produzca esta división es esencial. Se trata de que la madre desee más allá del hijo.

Del lado del padre también encontramos una movilización subjetiva.

Se pregunta un padre: ¿qué quiere ella? ¿Quién soy ahora para ella? La presencia de un sentimiento de rivalidad con el bebé, de desplazamiento, a veces no reconocido, que lo interpela, puede llegar a convertirse en angustia.

Nos dice otro padre: frente al llanto del bebé: “otra vez él con la madre y yo a la habitación del niño”

Y no queremos decir que esto nunca deba ocurrir, es más, es importante que alguna vez ocurra, y que esta excepcionalidad confirme la regla: que cada uno tiene su lugar.

Una paternidad patógena sería la que lleva al sujeto-padre a identificarse con el padre universal, es decir, el autoritarismo paterno como portador de la ley, pero no sujeto a ella, basado en el poder y no en la responsabilidad de la función.

Entendemos que la función de los padres encierra en sí misma una paradoja. Los padres siempre se confrontan con una contradicción aparente pero fundamental; cómo autorizar y a la vez poner límites, cómo amar y a la vez prohibir, es una disyuntiva que se pone en juego y que denuncia las dificultades que conlleva esta función. La respuesta sería, en principio, entender que no hay verdadero amor sin límites y no hay verdaderos límites sin amor.

Para finalizar hay que considerar que asistimos a una época de transición, donde los efectos no se pueden anticipar. No sabemos la incidencia que las transformaciones que producen los avances científicos tendrán sobre los individuos. Nada nos dice la ciencia de la utilización de estas técnicas y de los efectos subjetivos en el psiquismo humano.

Recordemos que la aparición de la píldora anticonceptiva, precedida por el acceso de la mujer al mundo laboral, independizó la función reproductora femenina del ejercicio de la sexualidad, permitiendo una revolución tal que convirtió la maternidad en una elección y no el destino único para la mujer.

Hoy vemos con las Nuevas Técnicas de Reproducción Asistida cómo puede independizarse la función de reproducción de las líneas de parentesco y unión heterosexual de la familia tradicional, de una manera más radical. Y habrá que legislar sobre los nuevos modelos familiares.

Aparecen nuevas paradojas ... No podemos prever la subjetividad de un niño nacido de una mujer fertilizada con espermatozoides anónimos, o con espermatozoides congelados de un padre muerto, o siendo hijo y nieto a la vez de su abuela (como madre biológica)...

Se impone la reflexión, y no desde lo moral: ¿qué lugar queda para el padre en tanto función paterna?, y ¿para el hombre, reducido a su esperma, excluido del encuentro sexual, innecesario ya para la procreación?

Pero nada nos autoriza a imaginar lo peor. No es una situación nostálgica o sin salida. Porque la familia es un hecho de cultura y de lenguaje. Es una estructura simbólica. La red de lazos que se tejen en ella requieren de un acto de voluntad y consentimiento, y el sujeto siempre encontrará palabras para nombrar nuevos lazos familiares, que permitan y aseguren la función de acogimiento singular y necesaria para el recién nacido.

Ruth Pinkasz

r.pinkasz@arrakis.es

Rosario León Ruiz

chari12@ono.com

Bibliografía:

- Mercedes Conde Martí. *“Claves para la reflexión sobre las nuevas situaciones familiares en la actualidad”*. ASMI IV Jornada Científica. Alicante, Mayo 2008
- Jose Antonio Naranjo. *“Razón del Psicoanálisis”*. RBA. Libros S.A. 2006
- Eric Laurent *“El niño y su madre”* Analicón 1. Barcelona. Correo/Paradiso,1986
- Jacques Lacan *“Dos notas sobre el niño”*. Analicón 3. Correo/Paradiso ,1986
- Jacques A. Miller *“El niño entre la mujer y la madre”*. Virtualia. Rev. digital E.O.L.
- Jorge Bekerman *“El Psicoanálisis Ilustrado”* Emece Editores SA. 1996